

completo poema. Las tiene principalmente descriptivas: magníficos paisajes del Cauca, familiares al poeta y que dan á la obra color topográfico muy encendido; mucho vigor en la pintura de caballos y de batallas, con aquellos detalles que ignora el humanista de gabinete y sabe el soldado de profesión ó de afición, como las sabía Ercilla, el gran maestro de la poesía castellana en esto de dar tajos y mandobles. Bellezas de sentimiento también, en el tipo ideal de Pubenza, en su misma carta, demasiado byroniana para una india. Si á estos méritos se añade la fervorosa elocuencia de los discursos y de las intercalaciones líricas, aunque demasiado extensas y demasiado frecuentes; y la elegante franqueza de la ejecución, que no por eso degenera en abandonada, será justo decir con M. A. Caro que los fragmentos del poema de Arboleda han de conservarse con la misma estimación que «rescatado torso de gallarda escultura», como conservamos, por ejemplo, los fragmentos del poema de *La Pintura* de Céspedes ó del *Hermes* de Andrés Chénier.

Hay en la parte lírica del *Gonzalo de Oyón* muestras de varios metros; pero en la narración impera la octava en dos distintas formas: una, la clásica y tradicional, la octava italiana del Ariosto y del Tasso, que Arboleda maneja con singular gallardía (1); y otra octava román-

(1) Véanse estas dos para muestra; no las hubiera desdeñado Maury:

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
Á veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras envuelto en nubes, retumbante,

tica, de origen obscuro, á lo menos para mí, compuesta de dos cuartetas, sin más enlace que el de los finales agudos, octava que en América llaman *bermudina*, por haberla usado con mucha gala y muy á menudo nuestro D. Salvador Bermúdez de Castro, poeta injustamente olvidado en su patria, aunque fué de los mejores entre los líricos románticos de segundo orden (1). Muestra sea

Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos ó estremece el suelo,
Ó incendia en llamas la extensión del cielo.
Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra en desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

(1) Si hay ejemplos de esta falsa octava antes de la época romántica, deben de ser muy raros. Recuerdo haberla visto en un poema manuscrito de la reina María Amalia de Sajonia (tercera mujer de Fernando VII), *Vida de San Fernando*, de que existen varias copias. Bermúdez de Castro nunca se dió por inventor de esta combinación, pero fué más constante y más feliz que nadie en su uso; v. gr.:

Hay consuelos y vida para el alma,
Donde del aura al suspirar sonoro
Se eleva un sol espléndido de oro
Sobre un cielo de nácar y zafir.
Hay un recuerdo allí donde los mares
Besan las playas con amantes olas,
Donde riza entre sauces y amapolas
Su corriente de azul Guadalquivir.....

Antes, ó al mismo tiempo, las usó Tassara en *La Fiebre*, en el *Himno al Sol*, en *La Nueva Musa*, y en otras muchas composiciones. Popularizóse luego en América, principalmente por la colección de Ochoa *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos* (1842), que ha sido muy leída allí. El ejemplo más memorable es el de Bello en la *Oración por todos*.

de esta combinación la siguiente octava de Arboleda:

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja;
Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes las espadas,
Y el pomo duro sobre el pomo da.

Esta pseudo-octava es, en realidad, una estrofa lírica, de engañosa facilidad y muy propensa al amaneramiento, por lo cual juzgamos que en narraciones largas debe proibirse; pero si algún ejemplo pudiera redimirla sería ciertamente el del *Gonzalo de Oyón* (1).

Notable contraste hace con los dos poetas hasta aquí estudiados el vate antioqueño D. Gregorio Gutiérrez González, romántico también, pero de muy diversa manera que el pensador poeta de Ocaña y el caballeresco D. Julio, el de Popayán. Nacido en una región áspera y montuosa, que por sus singularidades geográficas, no menos que por la industria tenaz y el laborioso y emprendedor esfuerzo de sus naturales, hombres de recia fibra y voluntad entera, en lucha con una naturaleza ingrata, se distingue de las demás provincias colombianas, Gutiérrez González, que empezó por ser un meli-

(1) Vid. *Poesías de Julio Arboleda. Colección formada sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos, por M. A. Caro, Nueva York, D. Appleton y Comp., 1883.* (Contiene los versos líricos y los fragmentos del poema.)

Nació Arboleda el 9 de Julio de 1817 «en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico»; pero se le considera, y él se consideraba, como hijo de Popayán. Murió asesinado el 12 de Noviembre de 1861. Los principales sucesos de su vida van recordados sucintamente en el texto.

fluo poeta romántico, pero que había conservado aun en sus imitaciones de Zorrilla, de Abigáil Lozano y Maitín una ingenuidad y frescura de sentimiento que pudiéramos llamar primitivas, acabó por ser poeta del trabajo humano, cantor de las más humildes labores rústicas, inventor de una nueva especie de *geórgicas* realistas. Hay en el conjunto de las obras poéticas de Gutiérrez González dos maneras igualmente deliciosas; una la del casto amor y la inefable ternura, la de los versos *Á Julia*:

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.....

.....
Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;
Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes que la brisa unió.....

Íntimas, suaves, cadenciosas son las composiciones de este grupo: la pura sencillez de los afectos y la música melancólica que parece acompañar á las gentiles estrofas, las han hecho popularísimas en Colombia, donde no sólo los literatos, sino el pueblo, saben de memoria gran número de versos de Gutiérrez González, especialmente las dos composiciones *Á Julia* y las tituladas *Aures*, *¿Por qué no canto?*, *Una lágrima* y otras varias, cuyo efecto expresa el crítico Camacho Roldán con aquella frase de uno de los poemas ossiánicos: «Son

como la memoria de las alegrías pasadas, que es á un tiempo agradable y triste al alma.»

Pero aunque valga mucho Gutiérrez González como espontáneo y delicado poeta de sentimiento, resulta mucho más original en el extraño poema que tituló *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, y que es, sin duda, lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas.

El autor no se propone aplicar á nueva naturaleza y á nueva materia poética el arte de Virgilio, como se lo propuso, y en parte lo consiguió, Andrés Bello. Pero como apenas hay cosa que en los antiguos no esté, á lo menos en germen, viene á encontrarse, seguramente sin conocerlo, no con la aristocrática y refinada inspiración de las *Geórgicas*, última perfección del estilo poético, sino con un vigoroso cuadro de género, titulado *Moretum*, que anda, no se sabe con qué fundamento, entre los poemas menores atribuidos á Virgilio, y en el cual, con minuciosidad de detalle que pudiéramos llamar flamenca ú holandesa, se describen las faenas con que el pobre labrador Simylo «*exigui cultor rusticus agri*» prepara su frugal almuerzo con ajo, apio, ruda y otras hierbas, mezclando queso, aceite y vinagre para componer un cierto almodrote. Dicen que el autor de este raro idilio le tradujo ó imitó de otro poemita griego de Parthenio, que hoy no se conserva; pero, sea como fuere, es ejemplo solitario en las literaturas clásicas, y supera mucho en rusticidad á los pasajes menos pulidos de Teócrito. El que haya leído y recuerde este poema, que Heyne caracterizó muy bien con estas palabras: «*argumentum ex vita privata et tenui hominum humili loco natorum petitum*», podrá formarse idea aproximada de la poesía

muy sana, robusta y confortante, pero de todo punto montaraz, que constituye el mayor hechizo de la *Memoria* de Gutiérrez González. Algunas pinturas de la vida rústica en insignes novelistas modernos, en nuestro Pereda, por ejemplo, pueden servir también de tipo de comparación muy aproximado.

Todo es original, ó más bien exótico, en la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, pero no todo es igualmente digno de alabanza. Pase la humorada del título y de la forma de *Memoria científica*; pero no pueden pasar una porción de versos prosaicos, compuestos adrede para hacer reir con la extravagancia, ni el abuso afectado (no el *uso*) de un vocabulario provincial, ó más bien local, exigido en parte por la novedad y extrañeza de la materia, pero del cual hace el autor intemperante alarde, para cumplir aquel dicho suyo:

Yo no escribo español, sino antioqueño.

Y tan antioqueño escribe, que si este poema no llevara, como en las ediciones lleva, un centenar de notas, sería con todas sus bellezas una arca cerrada, no sólo para los españoles y para los americanos de otras partes, sino para los mismos colombianos nacidos fuera del rincón en que escribía el poeta. El lenguaje popular y rústico, el vocabulario especial de cada labor y de cada industria, es, sin duda, una de las fuentes más caudalosas y salubres en que puede vigorizarse y rejuvenecerse la lengua literaria; pero la adaptación de este vocabulario y, por decirlo así, su compenetración con la lengua culta requiere singular talento y gusto muy ejercitado, y no hay duda que Gutiérrez González, poeta nativo, pero de muy pocos estudios y dado á la ejecución rá-

pida y descuidada, traspasó muchas veces el justo límite en esto.

Fuera de estos lunares, bien disculpables en tentativa tan original, la *Memoria sobre el cultivo del maíz* cumple admirablemente con su objeto: es, como ha dicho Pombo, «la idealización, la transformación en poesía de las más humildes y útiles labores, por la simpatía de su cantor al asunto, y por la música del verso». Realmente Gutiérrez González poseía el don divino de convertir en poesía la más desdeñada y cotidiana prosa. La suya es poesía descriptiva directa, sin selección, si se quiere; pero no prosaica y ridícula como la del *Observatorio Rústico* de Salas, sino de gran potencia de color y de mucho relieve; graciosa y viril á un tiempo. El autor lo describe todo, desde los terrenos propios para el cultivo y la manera de hacer los barbechos ó rozas, hasta el método de regar las sementeras y esparcir los animales que hacen daño en los granos. Y es admirable la fecundidad que ha sabido descubrir en un asunto á primera vista tan pobre, trazando cuadros tan admirables y tan diversos como el de la quema, el de la rancharía, el de las rogativas, el de la recolección de frutos y el de la cocina de la roza. Si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería sin duda la más nacional de América (1).

(1) *Poesías de Gregorio Gutiérrez González. Bogotá, imprenta de Medardo Rivas, 1881, 8.º*, con dos magníficos prólogos, uno de D. Salvador Camacho Roldán, y otro de D. Rafael Pombo, y un prólogo y notas sobre la *Memoria del maíz*, por D. Manuel Uribe Ángel.

Nació G. González en la Ceja del Tambo (estado, hoy provincia, de Antioquia). Hizo sus estudios en el seminario de Bogotá y en el colegio de San Bartolomé, graduándose de doctor en Jurisprudencia. Fué varias veces

Los tres poetas hasta ahora analizados, aunque tan diversos en estilo y tendencias, concuerdan en pertenecer á la escuela romántica, y aun puede decirse que Gutiérrez González sirve de puente entre el romanticismo y el realismo limpio y de buena casta. Por el contrario, D. José Joaquín Ortiz, egregio poeta lírico y ardiente controversista católico, que en edad muy avanzada acaba de descender al sepulcro, representó con majestad, pompa y decoro la escuela de Quintana, no sin hacer repetidas concesiones al gusto moderno (1). Ortiz rechazaba tal filiación por considerarla incompatible con sus principios religiosos; pero aquí no se trata del espíritu, que en Ortiz era ortodoxo y aun ascético, sino de su temperamento lírico y de la forma grandilocuente en que se vaciaron sus mejores inspiraciones. Cuando quiso apartarse de ella, como en muchas composiciones de sus últimos tiempos, fué para caer en un piadoso pero muy desmañado prosaísmo. Los hábitos vulgares y funestos del periodismo de propaganda, labor muy útil y meritoria sin duda, pero en alto grado pedestre, estropearon aquella mente soberana, le quitaron algo de su serenidad y vigor, le llenaron de escrúpulos

diputado y senador, y ocupó cargos en la Magistratura. En los últimos años le fué muy contraria la fortuna y vino á suma pobreza. Murió en 6 de Julio de 1872. La primera edición, muy incompleta, de sus *Poesías* fué hecha en 1867 por D. José María Vergara, y hay otras posteriores; pero la más completa y esmerada es la que antes citamos de 1881, publicada por sus hijos.

(1) No fué extraño Ortiz á la influencia de Victor Hugo en su primera manera. La idea de la enumeración de los pabellones nacionales en *La Bandera Colombiana*, está evidentemente inspirada por la muy arrogante que hay en la *Oriental 2.ª*, titulada *Canaris*. Pero si no me engaña el amor á nuestra lengua y poesía, la imitación de Ortiz resulta superior al original.

nimios, contagiaron su gusto poniéndole al nivel de su público timorato y asustadizo; y recelando sin duda que la pureza clásica fuese una tentación del demonio, acabó por vestir sus versos de estameña. Los hay que no merecen salir de la colección de *El Correo de las Aldeas*, donde pueden servir de inocente recreo á las familias cristianas. Pero antes que el periodista se sobrepusiese en Ortiz al poeta, éste había producido con superabundancia lo que necesitaba para su gloria: cinco ó seis odas desiguales, pero espléndidas, y trozos admirables en muchas otras. Fantasía poderosa ya que no muy variada, sentimiento ardiente y profundo, elocuencia avasalladora, como que nacía de íntima convicción y sincero entusiasmo, grandeza en el plan, desarrollo progresivo y solemne, que tiene mucho de oratorio sin dejar de ser esencialmente poético, son las cualidades dominantes en Ortiz, realizadas por una versificación magnífica y robusta cuando el calor no le abandona. Porque ha de advertirse que es uno de los poetas más desiguales que pueden encontrarse: capaz de elevarse en sus buenos momentos al nivel de lo mejor de Quintana, con animación no menos férvida y más jugo de alma; pero incapaz de sostenerse, por falta de gusto ó de atención, en la esfera de noble grandeza en que siempre habita su maestro, hasta cuando parece menos inspirado. Ortiz no sabía borrar, y aunque profesor toda su vida, no puede decirse que fuera humanista como Bello ó como M. A. Caro. Escribía con abundancia de corazón, dominado por su asunto, y ansioso de desarrollarle hasta los últimos ápices, con efusión, con énfasis sincero, en inmensos períodos poéticos que se van ensanchando como las ondas concéntricas que forma la

piedra arrojada á un estanque. No hay que pedirle concisión y sobriedad líricas, que no eran propias de su temperamento ni de su escuela; pero sí hay que deplorar, aun dentro de ella, el exceso de verbosidad con que recarga sus mejores pensamientos, la pompa inútil con que abrumba sus estancias, el afán de decirlo todo sin dejar campo libre á la imaginación del lector. En *La Bandera Colombiana*, en *Boyacá*, en la oda *Al Tequendama*, Ortiz deslumbra, pero fatiga por demasiado estrépito y brillantez demasiado continua. En la poesía de sentimiento, por el contrario, quiere ser familiar, y resulta demasiado casero, como todos los llamados poetas del hogar. En sus versos no hay medio: ó son admirables de número y cadencia, ó suenan como prosa. Parece imposible tener á un tiempo tan prosaica y tan poética dicción, estilo tan puro y tan abandonado, tan bueno y tan mal oído. Y es que en Ortiz, naturaleza algo contradictoria en todo, idólatra de Bolívar y enemigo del espíritu de la revolución americana, poeta clásico y partidario de la absurda ojeriza del abate Gaume contra los estudios clásicos, paloma sin hiel en sus acciones y violentísimo é intransigente en sus polémicas, dábase también el raro caso de trabajar en un género retórico, siendo él la espontaneidad misma. Cuando tenía que decir algo grande, los versos nacían hechos en su cabeza: cuando el pensamiento era débil, obscuro, vulgar, él no conocía artificio alguno para disimularlo, y escribía en estilo de periódico ó de libro de educación infantil. Nunca hubo artista menos preocupado de su arte, y por esto es más de admirar que sean tantos y tan frecuentes sus aciertos.

Escribió mucho, pero con cierta monotonía de asun-

tos y de imágenes. De grandes poetas puede decirse otro tanto, y quizá el sentimiento lírico implica algo de reconcentrado y exclusivo. La patria, la naturaleza, la muerte, fueron los tres habituales temas de sus canciones. No conozco versos suyos de amor: si en algún tiempo los hizo, su extraordinaria severidad moral le llevaría á ocultarlos ó á destruirlos. En las composiciones patrióticas fué felicísimo: allí podía mover libremente las alas de su numen, que, como el águila, había nacido para posarse en las cumbres, y que se ahogaba en el estrecho recinto de la poesía doméstica, á la cual se empeñaba en tributar un culto en general tan infeliz. Cantó la patria moderna, la patria colombiana, como quien había visto pasar delante de sus asombrados ojos de niño la figura ya heroica, ya magnánima, ya resignada, del *Libertador* Simón Bolívar. Esta visión era el gran recuerdo de su vida, y de tal modo le dominaba su recuerdo, que llegaba á exagerarle en términos harto disonantes con su piedad meticulosa:

Y vi después al triunfador volviendo
Del suelo de los Incas deleitoso,
No cual Camilo en el ebúrneo carro
Arrastrado por rápidos corceles,
Ni de purpúrea clámide cubierto
Y la frente ceñida de laureles.....

Y vi después al héroe, entristecido
Como un morir del sol, partir en busca
De nuevo hogar en extranjera tierra

.....
Quien hechos tan espléndidos ha visto
Es cual viajero que á sus lares torna
Después de haber cumplido el pío voto
«Y el gran sepulcro visitar de Cristo».
Se le escucha con ánimo devoto,
Porque puede decir: «Yo vi; yo estuve;
Yo al Calvario subí; yo el mármol santo

Que encerró á mi Señor empapé en llanto»;
Y el que atónito lo oye, se imagina
Envuelto contemplarlo en una nube
Que exhala los aromas
De la remota tierra palestina.

Cantó también otra patria más antigua, raíz y fundamento de la moderna, la patria colonial, y con ella el triunfo de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo. ¡Espléndido canto este de *Los Colonos*, y salvo algunas caídas de estilo, no muy frecuentes, la mejor composición de Ortiz y una de las más finas joyas de la poesía americana! Poesía descriptiva á un tiempo y lírica, con algunos rasgos del estilo de Virgilio y de Bello, ajenos á la habitual manera de Ortiz, pero que indican lo que en este género hubiera podido hacer, aplicando á su estilo una labor más severa y paciente, y buscando en sus descripciones la precisión más que el lujo. Poesía, no obstante, que de la escuela de Quintana conserva el carácter de predicación social, el entusiasmo por el progreso humano, aunque diversamente entendido, la consideración del hombre y de sus obras y de su misión histórica, sobreponiéndose á la consideración del mundo físico, que el hombre doma y sujeta á cultivo y hace servir para los fines de su propia perfección. Entre la oda *Á la Vacuna* y *Los Colonos* media un abismo de ideas: Quintana, español y patriota, pero hijo del siglo XVIII, adepto de su filosofía, filántropo y apenas deísta, execra la conquista americana: Ortiz, americano, hijo de un *insurgente*, y ciudadano de una República, pero cristiano hasta lo más profundo de su alma, educado en la gran reacción espiritualista de nuestro siglo, bendice con más clara comprensión de la historia la obra santa de los

colonos españoles, que allanaron las selvas, que las despoblaron de bestias feroces, que importaron los animales útiles al hombre: el generoso caballo, el toro bienhechor, los cereales, sustento de la vida, el germen de las flores, encanto de los ojos; de los que redimieron á las razas inferiores, de las tinieblas de la idolatría y de la barbarie; de los que levantaron el primer molino, el primer palomar, la primera iglesia, el primer hospital, la primera imprenta. Y con ser tan distinto el rumbo de las ideas en Quintana y en Ortiz, todavía vienen á coincidir en un punto, que es la glorificación del trabajo humilde, de las artes de la paz y de la ciencia, ya en Jenner y en Guttenberg, ya en los humildes colonos españoles del Nuevo Reino.

Dejó Ortiz pocas composiciones exclusivamente religiosas; pero puede decirse que el espíritu religioso las penetra á todas, y no sólo de un modo general y vago, sino con admirable firmeza y precisión dogmática, con aquel acento que sólo brota del alma que es cristiana con cristianismo positivo, el cual nunca se puede confundir con la vaga exaltación sentimental del cristianismo literario de Chateaubriand ó de Lamartine. En este punto, Ortiz pertenece á la escuela de Manzoni, de quien, por otra parte, presenta reminiscencias directas en la oda *Á Boyacá* y en otras partes, aunque el estilo difuso y grandilocuente en que las expresa, nada tenga que ver con la divina condensación lírica de las estrofas del poeta milanés. Ortiz, como Manzoni, no sólo siente el cristianismo, sino que cree en él con fe viva y práctica, engendradora de buenas obras. Aun en composiciones muy desigualmente ejecutadas, se encuentran admirables trozos de filosofía religiosa, que brotan

de lo más profundo y sustancial de la doctrina cristiana. Véase, por ejemplo, esta exposición del misterio del dolor:

¡El dolor no es el crimen! Es la herencia
Del infelice genitor primero,
Legada, no á sus hijos solamente,
Sino también á su linaje entero.....

¡Ah! Si el hombre entre penas agoniza,
Naciones hay que bajan á sentarse
Sobre el estercolero
Como el antiguo Job, roto el vestido
Y la frente cubierta de ceniza.....

¡No es crimen el dolor! Es como el fuego
Que purifica en el crisol el oro;
Es cual la tumba fría y silenciosa
En que la humilde larva se sepulta,
Y de donde triunfante saldrá luego
Con ala tinta en oro, azul y rosa
Á volar por el éter cristalino
Transformada en festiva mariposa.

Esta es la eterna ley de nuestra raza,
Este el destino irrevocable y justo:
Por el dolor alzarse hasta la gloria,
Por el placer bajar hasta el abismo.....

¡No se llamaba un Hombre de dolores
El gran libertador del mundo mismo?
Quiso nacer en un pesebre obscuro
Y en el taller vivir de un artesano,
Y escogió sus amigos
Entre los pescadores y mendigos.
Sólo una vez entró, y esa en cadenas,
De Herodes al palacio:
Una vez y no más subió al Pretorio,
Y esa en manos de bárbaros sayones.
Hijo de augustos Reyes, la corona
Que sus sienas divinas
Adornó, fue de abrojos y de espinas;

.....
Y el cetro de oro que empuñó su mano
Una caña marchita
Del Jordán arrancada en la ribera.
Cuando después cual jefe valeroso,